

La experiencia “Lanús”*

Raúl E. Levín **

En relación al libro de Sergio Visacovsky *El Lanús*, voy a intentar transmitirles en primer lugar algunas ideas relacionadas con mi punto de vista acerca de porqué pienso que para un psicoanalista que inició su formación en el Servicio de Goldenberg, ese tramo de su vida se constituyó en una experiencia fundante que dejó marcas que se presentifican aún tantos años después en lo profesional y en lo personal. Luego –recortando algunas de las muchísimas líneas que uno quisiera desplegar desde su lectura– voy a introducir un comentario relacionado al libro de Sergio, abordando el tema acerca de cómo más allá de la ineludible opinión del lector, este texto se constituye en una nueva experiencia que conmueve la “experiencia Lanús”, con diferentes efectos subjetivos a los que me voy a referir un poco más adelante.

De todos modos quiero en ese sentido anticipar algo de lo que ampliaré después, y es que en mi opinión la lectura del libro implica toparse con un enfoque acerca de la experiencia y la historia vivida, tan exterior a nosotros mismos, que hasta puede interpelar nuestra propia memoria tal como la hemos configurado, pudiendo derivar en sentimientos de incomodidad y rechazo. Sin embargo, si el impacto puede ser tramitado, absorbido, constituirse en nueva experiencia, que necesariamente (y creo que esto es hasta imperativo) va a derivar en una reconsideración de nuestra imagen de pasado y presente,

* Leído en la presentación del libro de Sergio Visacovsky *El Lanús*, en APdeBA, 21 de agosto del 2002. Los otros panelistas: Dr. Ricardo Avenburg, Dr. Vicente Galli, Dra. Rosana Guber.

** Miembro Titular de APdeBA.

revisando las versiones sobre aquello de la historia que nos involucró. Operación que supongo de enorme trascendencia en los intentos de resolver actuales desafíos que nos imponen los difíciles momentos que estamos viviendo hoy en el país, seguramente inmersos en modificaciones del ámbito de la sociedad y la cultura que aún no estamos en condiciones de aprehender.

Me parece muy importante como ex “lanusino” –aunque como se desprende del libro todo ex “lanusino” perdura en un permanente estado de actualidad lanusina– precisamente poder poner un poco de distancia, encarar la memoria desde otro punto de vista, e iniciar una diferente reflexión acerca de lo que nos pasó a los de nuestra generación. Considero en esa dirección al libro de Sergio como un valioso aporte a la posibilidad de dicha reflexión.

Al pasaje por el Servicio de Psicopatología de Lanús yo lo categorizo como “experiencia”, porque ahí las cosas se daban de tal manera que la formación, en contraste con la que provenía de nuestros estudios académicos, se sustentaba en una aprehensión del objeto de conocimiento que suponía una toma sin mediaciones, sin intercalaciones de modelos teóricos o intelectuales anticipatorios. Se trataba del contacto directo con el saber del padecimiento del paciente, que luego sería contenido y elaborado junto a nuestros maestros, docentes y compañeros. La impronta de esa mirada desprovista de predeterminaciones conceptuales, se constituía en una experiencia singular, que a pesar de todas las formulaciones teóricas, ideológicas e intelectuales en las que luego podrían ser incluidas, dejaban a salvo un punto de vista personal, original, sin preconcepciones, de enorme valor tanto en la percepción clínica como para la posibilidad futura de elaboraciones y creaciones personales en la configuración de la teoría y la clínica.

En ocasión de las “Jornadas de Homenaje al Lanús” de 1992, de las que se ocupa Sergio en su libro, escribí un breve trabajo titulado “Sur, Lanús y después” que fue leído en una de las reuniones, y repartido en mano entre algunos colegas. En ese texto relataba cómo eso nuevo de la clínica se presentaba, se inscribía en lo formativo y a la vez podía ser relacionado con lo que circulaba en tanto lo más emblemático de lo que se daba en llamar la “ideología Lanús”. Luego de narrar una anécdota que daba cuenta de ese encuentro inmediato, ingenuo, con el hecho clínico, decía lo siguiente:

“...si traigo el recuerdo de ese episodio, no es para centrarme particularmente en él, sino para ilustrar algo que caracterizó nuestro

modelo de formación personal y profesional en Lanús.

"Me refiero a una situación de aprendizaje en la que la aproximación al objeto de la experiencia antecede a la información y aplicación de la teoría. Este modelo implica un reconocimiento de un campo —en nuestro caso de un campo clínico— al que se prioriza en su manifestación en tanto proveedor de datos que irán después decantando en el conocimiento y enriquecimiento de nuestra concepción de la mente, tanto en lo que se refiere a sus elementos teórico-especulativos, como a sus aspectos más inmediatos, relacionados a la instrumentación de la práctica clínica.

"En Lanús, el paciente era lo más importante y la razón de ser del esfuerzo individual y colectivo de todo el Servicio. Pero esto, contenido en la esencia de lo que se conformaría como "estilo" e "ideología-Lanús", era mucho más que la proclamación de una posición humanista de interés en ayudar a aquellos que padecían de alguna forma de sufrimiento psíquico. Se trataba de fundar una articulación entre la clínica y la teoría, que impidiera que ésta se transformara en un simple devaneo intelectual, alejado de los interrogantes que se pudieran plantear a partir de la presencia del paciente que concurría al Servicio requiriendo asistencia.

"De tal manera, los que hemos iniciado nuestra formación en Lanús hemos devenido profesionales que más allá de nuestra orientación y del grado de sofisticación que hayamos adquirido en nuestro equipamiento teórico, no somos retóricos cuando de una situación clínica se trata. Y esto no se debe solamente a una cuestión de inmediatez o practicidad. En los lanusinos hay un denominador común que ubica al hecho clínico como la fuente en la que encontramos sentido a nuestra profesión, tanto para dar curso a nuestra vocación terapéutica como para renovar puntos de partida de nuevas construcciones teóricas, que a su vez volverán a la clínica.

"Creo que esa es la gran enseñanza que nos dejó Goldenberg. Si los pacientes tienen ese lugar prioritario, no es porque nosotros somos generosos, sino porque nos debemos a un saber que de ellos proviene."

Ahora me quiero referir a porqué considero que la lectura de *El Lanús*, tantos años después, se constituye en una nueva experiencia que se asienta y a la vez conmociona aquella otra que es la que nos ha quedado inscripta a partir de la memoria de lo vivido.

Como es de suponer, hace cuarenta años ignorábamos, ni se nos ocurría pensar en lo que el futuro iba a construir acerca de ese

presente. El escenario y el desempeño de los actores constituido *a posteriori* desde la historia o, como en este caso, desde la antropología, no necesariamente coincide con el que subjetivamente se representa quien ha intervenido en el acontecer originario. Necesariamente tiene que haber discrepancias. Y más cuando se trata de un tema como la experiencia Lanús, que por su misma índole, derivó hacia una tendencia a singularizar su elaboración, sin una “conectividad” que permitiera acuerdos como para un trabajo de elaboración conjunta. De hecho, los ex lanusinos nos sentimos hermanados en un pasado compartido, en una ideología común y en un derrotero en el que seguimos sosteniendo premisas básicas en cuanto a nuestro posicionamiento clínico, a pesar de diferencias teóricas. Pero hay algo de la singularidad de la experiencia vivida, surgida de lo que refería antes, de esa posición desprovista de preconceptos ante el paciente (y hacia el conocimiento en sus múltiples acepciones), que derivó en la imposibilidad de dar un cuerpo conceptual al fenómeno Lanús en el contexto social y político de entonces. De hecho cuando nos reunimos, solemos refrescar los viejos recuerdos. A veces no hace falta siquiera volver a ellos; están implícitos en un encuentro que es un permanente reencuentro. Pero cuando se propusieron diversos proyectos de escribir una historia sobre Lanús, ninguno pudo concretarse, ya sea por desacuerdos, por una necesidad de no cuestionar el mito, o por alguna otra imposibilidad. Entre los lanusinos, prima el “anecdótico”.

Y de pronto viene alguien, de afuera, y nos explica a nosotros (¡nosotros los lanusinos!) de qué se trató Lanús, y por sobre todo, que hay un Lanús que es y sigue siendo, en conflictiva y en algún sentido inefable articulación con el que fue. Y con esto no me refiero al actual Servicio que sigue funcionando (sobre el cual los del primer Lanús sabemos poco y nada) sino a una nueva versión de la memoria, a partir de una inédita elaboración teórica y conceptual. Dolorosamente nos enteramos de una historia de paradojas, contradicciones, y por sobre todo de fragmentaciones y discontinuidades de las cuales fuimos partícipes, pero también en algún sentido ajenos si nos ponemos, desdoblándonos, en la mira desde el método que aplica Sergio en su investigación.

Un día, alguien desconocido, que se designa telefónicamente como un antropólogo que está efectuando una investigación sobre el Lanús, me pide una entrevista. Llega a mi consultorio y me encuentro con una persona joven, que bien podría haber sido un compañero de

Lanús si no fuera por la diferencia de edad. Se establece rápidamente una afinidad intelectual y afectiva, no sólo a partir del tema que nos ocupa, sino también por acuerdos e intereses comunes relacionados con el campo de la cultura, el psicoanálisis y la política. Luego tenemos varias conversaciones telefónicas y algún otro encuentro. Hablamos mucho. Me muestra fotos para que las identifique, busco algunas que tengo yo. Saco de un cajón del escritorio un esquema gráfico que había efectuado en el 92 que era un esbozo de cartel para presentar en las Jornadas de Homenaje al Lanús, que por razones que no vienen a cuento no presenté. Se interesa, y me pregunta si lo puede fotocopiar. Por supuesto. Y en otro encuentro será utilizado como soporte material sobre el que agregaré, por escrito, más datos sobre aquello que en nuestras vidas fue una suerte de gesta. Esa época de oro que Sergio menciona en su libro y que es una constante en la evocación de quien la vivió. Le cuento muchas más cosas. Sergio sabe preguntar y por sobre todo escuchar. Está interesado. Y respecto del tema, la narrativa es interminable.

Pasa otro período de tiempo. Vuelve a llamar Sergio, y me deja lo que será el anticipo de su libro, en un texto previo a la edición definitiva.

Su lectura me resulta atrapante. No puedo apartarme de los no pocos restos de la pasión Lanús que permanecen intactos. Las primeras aproximaciones son confesadamente narcisistas: ¿Estoy nombrado? ¿Quedo perpetuado en esa historia? ¿Quiénes figuran por escrito? En lo inmediato hay un ir a la pesca de ese grado de reconocimiento que pareciera quedar inscripto cuando proviene de la letra impresa. Busco las historias, los chimentos. Como dije antes, el "anecdótico" ocupa un lugar privilegiado cuando de recordar se trata. Debo decir que desde ese punto de vista el libro, en algún sentido, me decepciona: no es exhaustivo ni pretende serlo, incluso hay omisiones y deslices.

Pero de pronto me doy cuenta que el libro de Sergio no es el que estoy leyendo. Contiene una elaboración que desborda mi propia concepción del pasado, a partir de una metodología diversa y ajena a las que son de mi uso cotidiano.

La lectura deriva entonces en una re-lectura, del libro y... de la experiencia. Una nueva experiencia. Combinando y correlacionando de una forma inédita datos que no me son desconocidos, se conforma una versión diferente y verosímil del pasado, que colisiona con la que tengo instalada como representación.

Hay un impacto. Un instante de desubjetivación. El otrora protagonista, sujeto de su propia experiencia, es colocado ahora en tanto objeto del investigador. Esto deriva en una desestabilización del Yo, produciendo diversos efectos: angustia, perplejidad, hasta repudio. Sin embargo, si puede atravesarse dicho impacto, habrá un movimiento de recuperación de la integridad subjetiva, ampliada, reformulada y enriquecida respecto al estado anterior.

Rosana Guber, en su presentación del libro de Sergio, se refiere a este mismo fenómeno de una forma más concisa y divertida: “a diferencia de otros trabajos de campo del etnógrafo, Visacovsky vertió en palabras ¡lo que sería leído por sus propios nativos!”

Es cierto. Y al respecto, como “nativo ilustrado” que ha sido objeto de la investigación y que se ha leído en sus conclusiones, puedo decir que aunque no ha sido fácil su lectura por todo lo que pudo conmocionar, aprecio y agradezco del libro *El Lanús* que se haya constituido en una nueva experiencia, especialmente en una época, en la que como observa Agamben, precisamente la experiencia tiende a ser destituida y destruida como tal.

De los muchos temas que me sugiere el libro *El Lanús* y que por razones de espacio no voy a poder comentar, hay uno en particular que me llamó especialmente la atención, y sobre el cual quiero detenerme. Me refiero a su estructura, y particularmente a esa dialéctica entre el presente en el que el etnógrafo hace su trabajo de campo –los tres días de las Jornadas del 92– y las derivaciones y articulaciones que desde lo que esa conmemoración representa permiten construir, como dije antes, una nueva memoria del pasado. Creo que esta estructura es la que valida el método de Sergio. Nos demuestra algo que a los lectores desprevenidos quizás le sea difícil de advertir: el libro describe el trabajo de un antropólogo que busca en el sentido de conductas observadas en el presente su concomitancia con lo ocurrido en el pasado. No es un relato histórico, aunque la historia no puede estar ausente. Para quien busque una historia del Lanús, no es éste el libro, y hasta puede crear alguna desilusión. Para comprender la tesis de Sergio no valen las lecturas parciales, hay que leerlo entero. Comprender su estructura es en algún sentido comprender su tesis.

Pero además esta estructura que transcribe un contrapunto entre capítulos del presente con otros del pasado, otorga al libro una dimensión dramática. Como en una obra literaria, hay un desarrollo que culmina en un conmovedor final, en el que lo narrado hasta entonces tiene un cierre pleno de sentido.

Se plantean, entonces, dos planos. Cada uno remite recíprocamente al otro. El primero, el encuentro actual, con sus procedimientos tendientes a restañar y restaurar la historia conmemorada, es el objeto del estudio de campo del etnólogo. Visacovsky reseña el transcurrir de recreaciones, recuerdos, ritos y ceremonias. Este plano representa al segundo, que es la versión de la historia que descubre el método de la investigación.

Los protagonistas de la experiencia Lanús originaria la reactualizan, intentan reproducir a la vez que recordar el pasado. Los profesionales del Servicio actual, con un humor desgarrador denuncian la discontinuidad histórica que los ha dejado aislados de los orígenes. El etnólogo diagnostica, redescubre, ratifica este corte, y lo sitúa en relación a los aterradores episodios ocurridos en el país y sus secuelas de destructividad.

En diferentes dimensiones, ambos planos están paralelamente afectados. El estudio hace hincapié fundamentalmente en la escisión y la fragmentación. Obviamente la cronológica es la mutilación provocada por el período de terror, en algún sentido insalvable, producto de lo irrepresentable, que reclama procedimientos supletorios de restauración (religiosos, míticos, mágicos o declamatorios).

Se pone en evidencia también que hubo escisiones y fragmentaciones de otro orden, como las espaciales y aún las ideológicas, que fueron quizás un anticipo, no reconocido en su momento, que presagiaba aquella que arrasó con parte de nuestra historia.

Pero en el libro de Sergio se plantea, además, un tercer plano que se insinúa permanentemente y trasciende los anteriores. Como un telón de fondo que siempre está allí pero por momentos pasa desapercibido para actores y público. Y este plano es la historia argentina de las últimas décadas, de la cual la experiencia Lanús es una condensación, una muestra que la representa y explica.

En ese sentido, para quienes hemos tenido el simple protagonismo de vivir aquellos y estos momentos, los que conocimos esa época que sería "de oro", si no fuera por las trágicas salvedades que el "a posteriori" deja a la vista, el libro de Sergio es un valiosísimo aporte para saber, como dije antes, qué le pasó a nuestra generación. Pero para eso tenemos que estar en condiciones de leerlo recuperando algo de aquel Lanús, en una disposición sin preconceptos ante lo inédito. Hay que atender a la composición de su estructura y su trama, a su narrativa y a su desenlace, dispuestos al angustioso efecto de una

nueva experiencia en un momento de la vida y de la sociedad en que pareciera que ya está todo dado.

Pero hay también posibles destinatarios del libro para los que su lectura puede ser de una trascendencia aún mayor. Me refiero a los jóvenes, a aquellos que no han vivido los acontecimientos referidos. Sabrán a través del libro *El Lanús* que hubo una época en que no sólo la experiencia sino también la iniciativa inteligente, bien intencionada y esperanzada era posible. Que podía haber un Mauricio Goldenberg y un movimiento a partir de sus ideas y su personalidad que intentaba producir cambios ante la inequidad con que la sociedad trata a amplias franjas de la ciudadanía. Pero sabrán también de la necesidad de no descuidar señales dando cuenta de la posibilidad, que lamentablemente la historia insiste en corroborar, del frecuente fenómeno por el cual la sociedad tiende a destruir lo más valioso de sí misma.

Raúl E. Levín
Pacheco de Melo 2534, 4º “D”
C1425AUD, Capital Federal
Argentina